

YASUNARI  
KAWABATA

**PAÍS  
DE NIEVE**

Traducción de César Durán



AUSTRAL

emecé editores

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Yuki Guni*

Yasunari Kawabata

© 1947, The Estate of Yasunari Kawabata

© 1961, Traducción: César Durán

© 2003, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. – Buenos Aires, Argentina

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial AUSTRAL<sup>M.R.</sup>

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de portada: ©Utagawa Kunisada/AKG/Album

Primera edición impresa en España en Austral: noviembre de 2013

ISBN: 978-84-96580-89-3

Primera edición impresa en México en Austral: agosto de 2021

ISBN: 978-607-07-7926-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

## Primera parte

Al final del largo túnel entre las dos regiones se accedía al País de Nieve. El horizonte había palidecido bajo las tinieblas de la noche. El tren disminuyó su marcha y se detuvo en las agujas.

La muchacha que se hallaba sentada al otro lado del pasillo central se levantó y fue a abrir la ventana, delante de Shimamura. El frío de la nieve invadió el coche. Asomándose tanto como le era posible, la muchacha llamó al guardagujas a voz en grito, como quien se dirige a una persona muy alejada.

El hombre se acercaba pisando lentamente la nieve, con una linterna en la mano levantada; una bufanda le tapaba la cara hasta la altura de los ojos, y el gorro de piel le protegía las orejas.

«¿Tanto frío, ya?», se preguntó Shimamura, que miraba al exterior y sólo veía unas pocas chozas agazapadas al pie de la montaña, en el punto preciso en el que el blanco de la nieve desaparecía ya en la noche. Sin duda las viviendas de los empleados del ferrocarril.

—Soy yo, jefe. ¿Cómo está?

—Ah, es usted, Yoko... ¿Ya está de vuelta? Por aquí el frío vuelve a hacer de las suyas.

—Mi hermano ha encontrado trabajo aquí, por lo que me han dicho. Quería darle las gracias por haberse ocupado de él.

—Bueno, en un rincón perdido como éste, ya verá como la soledad le pesará muy pronto.

—Mi hermano no es más que un chiquillo. ¿Puedo confiar en que usted le enseñará todo lo necesario?

—¡Bah, no crea! Se las arregla bastante bien. Además, con la nieve y todo lo demás, aquí va a sobrar trabajo. El año pasado cayó tanta nieve que los trenes quedaban incommunicados a cada momento a causa de los aludes; la gente del país no cesó de cocinar para los viajeros.

—Parece que va usted muy bien abrigado. Mi hermano me escribió en su última carta que todavía no llevaba jersey.

—Pues yo necesito al menos cuatro para estar caliente. Claro que los jóvenes echan mano del alcohol cuando hace frío... ¡Y no necesitan nada más para ir a parar allá abajo! —agregó, señalando hacia las barracas con el brazo en el que llevaba la linterna—. ¡A la cama con un buen resfriado! No falla nunca.

—¿Mi hermano también bebe? —preguntó la joven Yoko, inquieta.

—No, que yo sepa.

—¿Y a esta hora se va usted? —siguió preguntando la muchacha, visiblemente asombrada.

—Sí, tengo que ir a ver al médico... Oh, nada grave; una pequeña herida.

—De todas maneras, será mejor que se cuide.

El hombre, envuelto en el grueso abrigo que se había puesto encima del quimono, se alejaba ya, tiritando, visiblemente deseoso de llegar a su casa.

—¡Cuide también usted de su salud! —gritó a la joven, por encima del hombro.

Y Yoko, recorriendo con la mirada el andén cubierto de nieve, aún añadió:

—¡Jefe! ¿No estará mi hermano de servicio en este momento, por casualidad? ¡Cuide mucho de él, por favor!

Había tal belleza en aquella voz clara y vibrante que rodaba como un eco entre la nieve y la noche, y poseía un hechizo tan conmovedor, que llenaba el corazón de triste-

za. La muchacha seguía asomada a la ventanilla cuando el tren reanudó la marcha.

—¡Que vuelva a casa cuando tenga vacaciones! ¡Dígaselo! —gritó la hermosa voz, al paso, al hombre que caminaba a lo largo de la vía.

—¡Descuide! —respondió el jefe de la estación.

La joven viajera subió el cristal de la ventanilla y, con ambas manos, se oprimió las mejillas, enrojecidas por el frío, antes de ocupar de nuevo su asiento.

En aquella vertiente de la montaña, y en aquel punto preciso, se veían los tres quitanieves, preparados para las posibles nevadas y los aludes. Por otra parte, se había montado un sistema eléctrico de aviso, a la entrada y a la salida del túnel, con el fin de poder advertir sin retrasos sobre la presencia de obstáculos en la vía. Un número de brazos suficiente para asegurar cinco mil jornadas de trabajo esperaba en aquel punto, en guardia permanente: peones siempre dispuestos a intervenir para restablecer la comunicación y despejar la línea, sin contar con los dos mil jornales que podían proporcionar igualmente los jóvenes voluntarios movilizados en el cuerpo de zapadores-bomberos.

«... Sólo una estación de ferrocarril, que la nieve no tardará en sepultar... De modo que aquí es donde va a trabajar el hermano de esta señorita llamada Yoko...» Así pensaba Shimamura, cuyo interés por la joven se acrecentaba cada vez más.

Sin darse cuenta de ello, había pensado en la muchacha como en una señorita, es decir, como dando por sentado que era soltera. Y lo cierto es que había en ella algo que invitaba a pensar que no estaba casada. Pero el caso era que la muchacha viajaba en compañía de un joven, y Shimamura no disponía, evidentemente, de medio alguno para saber con seguridad quién podía ser. A primera vista, la pareja se comportaba como un matrimonio. Sin embargo, él parecía gravemente enfermo, y es sabido que la enfermedad pro-

duce siempre el efecto de estrechar las relaciones entre un hombre y una mujer. Una muchacha que cuida maternalmente a un hombre mayor que ella produce siempre la impresión de ser su esposa, al menos a primera vista. Sí, así es, no cabe duda. Y cuanto más delicados sean los cuidados que precise el enfermo, más fatalmente la pareja parecerá un matrimonio...

Tomando como base el sentimiento general que le provocaban las apariencias, Shimamura prefirió, pues, pensar en la muchacha que le interesaba, independientemente del joven y de su posible relación con él, y, poco a poco, aquel sentimiento había empezado a cargarse poderosamente de impresiones personales y de reacciones subjetivas muy intensas y un tanto extravagantes.

Todo aquello había empezado a producirse tres horas antes, cuando Shimamura, presa del aburrimiento, se había dedicado a considerar distraídamente la palma de su mano izquierda, moviendo los dedos, y pensando al mismo tiempo que casi podía decirse que sólo aquella mano, la caricia de los dedos de aquella mano, había conservado un recuerdo sensible y vívido, un recuerdo cálido y carnal de la mujer con la que iba a reunirse. Porque la mujer en sí se desvanecía en su memoria a medida que él intentaba recordarla, sin dejar tras de sí nada a lo que aferrarse, nada que retener. En todo su ser, únicamente aquella mano izquierda, con el recuerdo límpido, casi actual, de su contacto, parecía permitir a Shimamura el retorno al pasado. Impresionado al sentir súbitamente aquel calor viviente bajo su mano, turbado casi por la extraña realidad de aquella presencia, y, posiblemente, un tanto seducido por la misma, Shimamura se había llevado la mano al rostro. Con el índice extendido, había dibujado luego un trazo rápido en el cristal empañado de la ventanilla, en el cual vio aparecer y flotar ante él un ojo femenino. La sorpresa fue tal que estuvo a punto de gritar. Pero aquello no fue más que un ensueño dentro

de su ensueño, y, recobrando la serenidad, el viajero constató que se trataba, en realidad, de una imagen reflejada en el cristal: la imagen de la muchacha que ocupaba el asiento al otro lado del pasillo. Fuera reinaba la oscuridad, y se habían encendido las luces del interior del tren; por eso los cristales de las ventanillas actuaban a modo de espejos. El vaho que empañaba el cristal le había impedido gozar de aquel fenómeno hasta aquel momento, que se le había revelado bruscamente al dibujar el trazo sobre el vidrio.

Aislado de todo, el ojo que Shimamura veía revestía una extraña belleza; pero, fingiendo aburrimiento, el hombre acercó la cara al cristal como para mirar el paisaje nocturno, y limpió de vaho la empañada ventanilla.

La muchacha se hallaba inclinada hacia adelante, observando con atención al viajero que se sentaba frente a ella. Por la tensión que el reflejo revelaba en ella, a la altura de los hombros, Shimamura comprendió que era la misma intensidad de su atención la que prestaba fijeza a aquel ojo y ponía en la mirada de la muchacha aquel resplandor de dureza feroz, con aquellos párpados inmóviles, petrificados. Recostado, el joven apoyaba la cabeza contra la ventanilla; tenía las piernas extendidas y los pies en el asiento que ocupaba la muchacha. El vagón era de tercera clase. La pareja situada al otro lado del coche no ocupaba los asientos ubicados a la misma altura del de Shimamura; éste se hallaba instalado una hilera más adelante, de manera que, a través de la ventana-espejo, Shimamura sólo veía el perfil interrumpido del joven a la altura de la oreja.

En cuanto a la muchacha, colocada diagonalmente y en posición frontal, estaba situada directamente dentro de su campo de visión, pero Shimamura había bajado la vista inmediatamente cuando aquellos nuevos viajeros habían subido al coche, impresionado por la belleza de la muchacha y por aquella expresión fría y distante que le intimidó. Apenas había tenido tiempo de advertir los dedos exangües



y cenicientos del enfermo, que se agarraban a su compañera. Shimamura había apartado la vista de ellos, y, sin saber por qué, no se había atrevido a volver a mirar en su dirección.

Por lo que Shimamura alcanzaba a ver en el espejo que la ventanilla formaba para él, aquel rostro masculino, aquella expresión relajada, parecía deber su aire de tranquilo abandono a la mirada del joven, que caía directamente sobre el busto de la muchacha y descansaba en él. Shimamura encontraba en la imagen de aquella pareja cierta armonía, hecha de suavidad y de equilibrio entre sus dos siluetas, casi igualmente frágiles. Él descansaba con la cabeza apoyada en uno de los extremos de su bufanda, que le hacía las veces de almohada, mientras el otro extremo le cubría la mejilla y la boca como una máscara. De vez en cuando el retazo de tela se deslizaba y le tapaba también la nariz, o, al contrario, le descubría el rostro; pero antes de que el joven tuviera tiempo de hacer el menor movimiento, la muchacha, atenta y cariñosa, se inclinaba sobre él para restaurar el orden. A fuerza de repetirse ante los ojos de Shimamura, el incidente y el ademán que le seguía automáticamente acabaron por provocar en él cierta impaciencia. Otras veces el faldón del abrigo que cubría los pies del enfermo se deslizaba y quedaba colgando hasta el suelo, pero sólo lo hacía durante unos instantes, porque la joven lo recogía inmediatamente y lo devolvía a su sitio original. Todo ello se producía con la máxima naturalidad; hubiérase dicho que aquellos dos seres, ajenos al tiempo y al espacio, se disponían a proseguir eternamente su viaje y a profundizar interminablemente en la distancia. Tal vez por esta razón Shimamura no experimentaba los sentimientos de compasión o de tristeza que suele provocar un espectáculo aflictivo; contemplaba la escena sin la menor emoción, como si se tratara de un pequeño juego dentro de un ensueño inconsistente. Y, sin duda, debía esta impresión al extraño efecto de su espejo improvisado.

Por el fondo del mismo, muy lejos, desfilaba el paisaje de la noche, que, en cierto modo, hacía las veces de un azogado móvil de aquel espejo; las figuras humanas que reflejaba, más claras, se recortaban sobre el fondo en forma semejante a como aparecen las imágenes sobreimpresas en una película. No había el menor lazo de unión, desde luego, entre las imágenes móviles del último plano y aquellas otras, más nítidas, de los dos personajes, y, sin embargo, el conjunto poseía una indudable unidad fantástica, hasta el punto de que la transparencia inmaterial de las figuras parecía corresponderse y confundirse con el *flo*u tenebroso del paisaje envuelto en la noche, para componer un solo e idéntico universo, una especie de mundo sobrenatural y simbólico que en nada se parecía al mundo material. Un mundo de una belleza inefable, que penetraba hasta el corazón de Shimamura y hasta le trastornaba profundamente cuando, de improviso, una lucecita remota, en la montaña, destellaba en medio de la cara de la muchacha, llevando aquella belleza inenarrable a su colmo, no menos indescriptible.

En el cielo nocturno, por encima de las montañas, el crepúsculo había dejado unas pinceladas purpúreas, y todavía cabía distinguir, a lo lejos, en el horizonte, la silueta de los picos aislados; pero, en la proximidad, el desfile del paisaje montañoso era constante, y aparecía sumido ya en las tinieblas, y enteramente desprovisto de color. Nada había en él capaz de retener la mirada. Desfilaba como un oleaje monótono, tanto más neutro y esfumado y tanto más emocionante cuanto que discurría, por así decirlo, por debajo de los rasgos de la muchacha, por detrás de aquel rostro hermoso y emocionante que parecía dejar todo lo demás sumido en la misma grisura. Cierto es que la propia imagen de aquel rostro parecía tan poco material que debía de ser también transparente. En su intento de averiguar si lo era realmente, Shimamura creyó, por un momento, ver el paisaje a través de ella, pero las imágenes pasaban tan de

prisa que le fue imposible comprobar la realidad de aquella impresión.

La iluminación del interior del vagón era muy tenue, y lo que Shimamura veía en reflejo estaba muy lejos de poseer el relieve y la nitidez de una imagen vista en un espejo de verdad. Así se explica que, poco a poco, llegara a olvidar que contemplaba una imagen reflejada en un vidrio, y que se adueñara de él la sensación de que veía aquel rostro femenino en la parte de fuera, en el exterior, flotando y como arrastrado por el torrente ininterrumpido del paisaje monstruoso y entenebrecido.

De pronto, en aquel momento, una lucecita lejana resplandeció en medio del rostro. En el juego de los reflejos, al fondo del espejo, la imagen no se imponía con la consistencia suficiente para eclipsar el resplandor de la luz, pero tampoco era tan vaga como para ser borrada por ella. Y Shimamura pudo seguir el movimiento de aquella luz que recorría lentamente el rostro sin deformarlo ni borrarlo. Un frío destello perdido en la distancia. Y cuando su diminuto fulgor prendió en la misma pupila de la muchacha, cuando se sobrepusieron y se confundieron el resplandor de la mirada y el de la luz clavada en la lejanía, se produjo un verdadero milagro de hermosura, abierto en flor en un reino imaginario, con aquel ojo iluminado que parecía navegar sobre el océano de la noche y las rápidas olas de las montañas.

¿Llegó a darse cuenta Yoko de que alguien la miraba? Toda su atención se hallaba concentrada en su compañero enfermo. Aunque hubiese dirigido la mirada a Shimamura, no pudiendo probablemente ver su propia imagen en el cristal de la ventanilla, jamás se le hubiese ocurrido desconfiar de aquel viajero que, simplemente, daba la impresión de estar mirando hacia el exterior.

Por su parte, a Shimamura no se le ocurrió ni por un instante pensar que podía ser una incorrección, por no decir

una inconveniencia observar de aquella manera a una joven, sin quitarle los ojos de encima. Tan prendido se hallaba en el hechizo a la vez irreal y sobrenatural del cuadro que se ofrecía ante sus ojos, seducido por la extraña belleza de aquel rostro que corría a través del paisaje nocturno, que se había olvidado de sí mismo, abstraído por completo en la magia de aquel juego, incapaz de juzgar si estaba soñando o no.

Así, cuando la había visto levantarse, en la parada, y dirigirse al jefe de estación, sin abandonar por ello su expresión grave y de nobleza soberana, su primer sentimiento le indujo a pensar menos en ella misma que en alguna heroína procedente del fondo de los tiempos, en alguna personalidad ideal del mundo de la leyenda.

La noche y todo el paisaje de la noche habían tomado posesión de la ventanilla, que, al detenerse el tren, había perdido todo su hechizo de espejo improvisado. Aquella especie de frialdad que había en Yoko, a pesar del calor con que prodigaba sus delicados cuidados al enfermo, había penetrado hacía ya rato en el ánimo de Shimamura, quitándole toda esperanza. Y cuando el tren se había puesto de nuevo en marcha ni siquiera se había tomado la molestia de volver a limpiar de vaho el cristal de la ventanilla.

¡Cuál sería su sorpresa, media hora más tarde, al comprobar que la joven y su compañero iban a apearse en la misma estación que él! Shimamura no pudo evitar volverse hacia ellos, como para asegurarse de que aquella extraña coincidencia no le atañía directamente a él, a pesar de todo, de manera personal. Pero en cuanto hubo puesto los pies en el andén, el frío brutal despertó su conciencia, y, sintiéndose abochornado por su grosero comportamiento en el tren, cruzó las vías, pasando por delante de la locomotora sin lanzar una sola mirada detrás de él.

Agarrado al hombro de la joven, el enfermo se disponía a apearse a contravía cuando un empleado, en el segundo andén, levantó los brazos para impedirselo.